



Joseph Conrad

Amy Foster



LLAC

Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles

Joseph Conrad

Amy Foster

LLAC, 2025

Joseph Conrad, *Amy Foster*, 1901.

Adaptación colaborativa y edición:

Laboratorio de Lenguaje Accesible (LLAC), 2025.

Ana Belén Luis, Álex Rodríguez y Cristina Sola.

Ilustraciones de cubierta e interiores:

Todas las ilustraciones han sido generadas por IA
a partir de nuestras descripciones.

Esta obra es para todo el mundo
y no se puede comerciar con ella.

Amy Foster

Joseph Conrad

Introducción

Joseph Conrad es uno de los grandes escritores europeos del siglo XIX.

Su nombre era Józef Teodor Konrad Korzeniowski. Nació en Polonia, pero tomó la nacionalidad inglesa y cambió su nombre por el de Joseph Conrad.

Era de familia noble, quedó huérfano a los 17 años y durante un tiempo fue marinero, pero luego lo dejó para dedicarse a escribir.

Sus relatos cuentan experiencias de sus viajes, en los que denuncia las crueldades que vio. También escribió grandes novelas de aventuras.

Al principio escribía en su lengua materna, el polaco,
y también en francés, que aprendió de niño.
Años después empezó a escribir en inglés
e hizo suya esa lengua para reflexionar
sobre el mundo que le tocó vivir
y sobre el alma humana.

Así ocurre en este relato sobre un pobre emigrante,
tan conmovedor y actual para los lectores de hoy
como lo fue para los lectores de hace más de un siglo.

Cristina Sola

1. Mi amigo Kennedy

Kennedy era un médico rural
que vivía en Colebrook,
un pueblo de la costa de Inglaterra.

Bajo el acantilado se extendía una playa de piedras
de varios kilómetros
que acababa en el pueblo de Brenzett,
donde había un faro que a lo lejos parecía un lápiz.



La bahía estaba muy protegida
y cuando había tempestad
los barcos entraban en la bahía
para refugiarse del mal tiempo.

Detrás de la iglesia de Colebrook
salía un camino que llevaba hasta un valle
con campos ondulados de color púrpura.

En aquel valle trabajaba mi amigo Kennedy
como médico rural.

De joven, Kennedy trabajó como cirujano del ejército.
Luego acompañó durante un tiempo
a un famoso explorador en sus viajes.

En esos viajes hizo estudios sobre animales y plantas
con los que se ganó el respeto de los científicos.

En la época de esta historia Kennedy trabajaba como médico de pueblo... porque le apetecía. Porque su inteligencia era más grande que su ambición.

Mi amigo Kennedy era un científico, tenía una curiosidad insaciable. Para él, todo era digno de atención y podía encontrar un pedacito de verdad universal en cualquier misterio.

Hace años me invitó a pasar unos días con él. Yo acababa de regresar del extranjero y acepté feliz la invitación.

Como Kennedy debía atender a sus pacientes, me llevaba con él a hacer la ronda de visitas. Íbamos en su pequeño coche tirado por un caballo.

Él entraba en la casa del paciente
y yo lo esperaba fuera, en el camino, paseando
mientras el caballo mordisqueaba hierba y ramitas.

Kennedy era amable y afectuoso.
A veces se oían sus risas dentro de la casa:
tenía una risa tan intensa y sonora
como la de un hombre mucho más grande.

Era verano y el rostro de Kennedy estaba tostado
por el sol,
sus gestos eran firmes y seguros
y sus ojos lo observaban todo.

Además, tenía un don para hacer que las personas
le abrieran su corazón
y sabía escuchar sus historias.



El doctor Kennedy.

2. La dulce Amy

Un día pasamos junto a una casita de ladrillo
con el tejado de madera,
las ventanas tenían pequeños cristales
en forma de rombos.



El muro estaba cubierto por una enredadera
y unas rosas trepadoras adornaban el porche.

Kennedy paró el coche junto al muro.
En el jardín, una mujer tendía una manta mojada
en una cuerda atada entre dos manzanos.

Mi amigo preguntó por encima del muro:

—¿Cómo está el niño, Amy?

La mujer tenía un aspecto muy juvenil.
Su rostro era inexpresivo y estaba tan colorado
como si alguien le hubiese abofeteado las mejillas.

Su cintura era ancha
y llevaba el abundante pelo castaño
recogido en un moño.



Amy Foster.

La mujer respondió a Kennedy con voz tímida:

—Está bien, gracias.

Seguimos nuestro camino y le pregunté a mi amigo:

—¿Es paciente tuya?

—Antes visitaba a su marido.

—Parece una mujer muy sencilla —dije

—Así es —dijo Kennedy—. Tiene una mente lenta.

Pero a pesar de eso tuvo bastante imaginación
como para enamorarse.

»El padre y el abuelo de Amy se llevaban muy mal.

En realidad, el problema era que los dos
tenían el mismo mal carácter.

La cosa casi acabó en tragedia...

»Pero hay otro tipo de tragedias silenciosas que surgen del miedo que todos sentimos hacia lo que no entendemos.

El caballo caminó más despacio.

Miré el horizonte donde el sol, completamente rojo, se ponía sobre los campos, que brillaban con luces rosadas, como si la tierra sudara pequeñas gotas de sangre del trabajo de tantos campesinos.

En la cima del acantilado vimos a un hombre que caminaba junto a un carro tirado por un caballo.

Desde donde estábamos, el caballo y el hombre se recortaban contra el cielo del atardecer y parecían seres fabulosos, como de leyenda.



Kennedy siguió hablando:

—Amy es la hija mayor de una familia numerosa.
Cuando cumplió 15 años la mandaron a servir
a la granja de New Barns.

»Yo visitaba a veces la granja
porque la esposa del granjero, la señora Smith,
era paciente mía.
Allí conocí a Amy.

»Amy tartamudeaba un poco al hablar
y se enfadaba cuando la gente era descortés.
Tenía una gran bondad,
nunca hablaba mal de nadie
y trataba a todos los seres vivos con mucha ternura.

»Amy quería a la señora Smith y al señor Smith,
y a todos sus perros, gatos y canarios
y también al loro, le fascinaba el loro.

»Una vez, el gato saltó sobre el loro
y el pájaro empezó gritar
con una voz que parecía humana.

»Entonces Amy se asustó y se fue corriendo tapándose los oídos, en lugar de ayudar al loro.

»La señora Smith dijo que eso era una prueba de la estupidez de Amy.

A pesar de todo, la señora Smith la tenía como criada porque Amy era poco atractiva, y pensaba que su marido, que era un mujeriego, no iría detrás de una chica como Amy.

»Amy lloraba cuando veía un ratón atrapado en una ratonera.

Una vez, unos niños contaron que Amy estaba de rodillas en medio del campo, intentando ayudar a un sapo en apuros...

»El cerebro necesita ciertas condiciones para desarrollarse, pero para ser bondadoso hace falta imaginación.

»Y Amy tenía imaginación de sobra para entender el sufrimiento de otro ser y sentir compasión por él.

»También necesitamos imaginación para apreciar la belleza, pero se necesita aún más imaginación para descubrir la belleza donde nadie más la ve.

»Amy nació en el pueblo y nunca salió del valle, vivió con los Smith cuatro años. No tenía interés en conversar y sospecho que ni siquiera sabía sonreír.

»Las tardes de domingo se ponía su mejor vestido, un sombrero gris con una pluma negra y unas botas. Cogía una sombrilla muy elegante, saltaba un par de cercas y atravesaba los campos hasta la cabaña de su familia. Nunca iba más lejos.



Amy vestida de domingo saltando una cerca.

»Ayudaba a su madre a preparar el té
para los más pequeños,
fregaba los platos, les daba un beso a sus hermanitos
y volvía a la granja.

»Ese era todo su descanso del trabajo,
como si no necesitara nada más.
Hasta que se enamoró.

»Amy se enamoró de una forma callada, terca.
El sentimiento empezó poco a poco
y acabó dominándola, como un hechizo.
Un impulso irresistible.

»Pero un día despertó de pronto
de aquel sueño de amor
empujada por un miedo incontrolable,
como el terror de un animal.

Mi amigo se quedó en silencio.

El sol se escondía ya y las suaves praderas
tenían ahora un aspecto sombrío y a la vez maravilloso,
que producían una sensación de belleza y tristeza.

3. El náufrago

Por el camino de vuelta a casa
Kennedy y yo nos cruzábamos con hombres
que caminaban despacio y sin sonreír,
con la vista clavada en el suelo,
como si la melancolía de aquella tierra
pesara sobre sus espaldas
y los obligara a bajar la mirada.

Comenté estas sensaciones con Kennedy
y me contestó:

—Así es, parece que esta tierra está maldita,
porque sus habitantes caminan
como si tuvieran el corazón cargado de cadenas.

»Pero un día apareció por estos campos un hombre
ágil y esbelto, que tenía el corazón lleno de ilusión.

»Saltaba las cercas y subía y bajaba por estas cuestas
a grandes zancadas,
su figura se reconocía en la distancia.
Era tan ágil que sus pies parecían no tocar el suelo.

»Tenía unos ojos negros y brillantes
y era completamente distinto
a los demás hombres de por aquí.

»Su mirada era dulce, su piel más morena.
Parecía una criatura de los bosques. Vino de allí.

Kennedy señaló el mar de olas oscuras y espuma blanca.
En el horizonte se perdía el humo de un barco de vapor
y el viento hinchaba las velas de un pequeño barco
que navegaba cerca de la costa.

Kennedy siguió contando la historia.

—Era un náufrago, un pobre emigrante de Europa Central que viajaba a América. Su barco naufragó en esta bahía y el mar arrastró al hombre hasta la orilla en medio de una tormenta.

»No sabía nada del mundo, para él Inglaterra era un lugar desconocido. Pasó tiempo hasta que aprendió el nombre de nuestro país.

»Se cayó del barco durante la tormenta, el mar lo arrastró y logró llegar a tierra. Caminó en la oscuridad, pero se cayó en un canal y luchó desesperado por salir, como un animal atrapado en una red.



Theodore Gericault, *El naufragio*.

»Debía de ser más duro de lo que aparentaba para sobrevivir a tantos golpes,

a tanto miedo y esfuerzo.

»El caso es que logró salir del canal y avanzó a ciegas, arrastrándose en medio del barro y la lluvia.

Entonces encontró unas ovejas.

»Al acercarse a las ovejas, estas huyeron balando.

Tiempo después me contó que el balido de las ovejas fue el primer sonido familiar que oía en mucho tiempo.

»Como el barco naufragó por la noche, no vimos enseguida lo que el mar había traído...

De pronto Kennedy se quedó callado, agarró las riendas y arreó al caballo.

Bajamos la colina al trote y entramos en la calle principal del pueblo rebotando en el asiento a causa del empedrado, hasta llegar a la casa de Kennedy, al final de la calle.

Mi amigo parecía triste, pero después de cenar me siguió contando la historia del náufrago. Encendió una pipa y se paseó por la habitación.

El día había sido caluroso y sin viento. La noche era serena y clara. Yo me sentaba junto a la ventana abierta y contemplaba el mar inmóvil bajo la luz de la luna.

No se oía ni un murmullo, ni un chapoteo, ni una pisada, ni un suspiro... No había más señal de vida que el aroma de los jazmines que entraba por la ventana.

La voz de Kennedy sonaba en la quietud de la noche.

—Los antiguos relatos de naufragios siempre hablan de sufrimiento —dijo mi amigo.

»A menudo, los náufragos que se salvaban de morir ahogados acabaran muriendo de sed en alguna playa desértica o los mataban o los hacían esclavos, y a veces vivían años entre gente que desconfiaba de ellos por el simple hecho de ser extranjeros.

»Al oír estas historias siento mucha pena. Es duro vivir aislado e indefenso en una tierra extraña, entre personas que no entienden tu idioma.

»Pero entre todos los naufragios terribles no creo que haya ninguno más trágico que el del hombre del que te hablo, a quien el mar arrastró hasta este pueblo.

»Este hombre no conocía el nombre de su barco y ni siquiera sabía que los barcos tuvieran nombre.

»Recuerdo que la primera vez que paseamos por el acantilado se quedó mirando el mar como si nunca antes lo hubiera visto.

»Te contaré su historia tal como él me la contó. Como al principio no hablaba nuestro idioma, yo no estaba seguro de entender lo que intentaba decirme con gestos, pero aprendió rápido y al cabo de un tiempo ya hablaba muy bien.

4. Kennedy cuenta la historia de Yanko

Se llamaba Yanko, que es un diminuto de John, un nombre muy común en su tierra.

Nació en los Cárpatos, una región montañosa de Europa Central que comparten varios países: Austria, Polonia, Ucrania, Serbia, Hungría, Rumanía...

Por las aldeas de aquellas montañas aparecieron un día unos hombres con aire de funcionarios. Llegaban a las aldeas los días de mercado, iban en una carreta y se instalaban en la posada.

Colocaban una mesa grande con un telégrafo para comunicarse con «el emperador de América». Decían que en América siempre había trabajo para hombres jóvenes y fuertes y que pagaban muy bien, 3 dólares al día.



Los funcionarios contratan emigrantes para ir a América.

Decían que, si eras listo, podías encontrar lugares donde la gente recogía el oro del suelo. Pero el emperador americano no dejaba entrar a cualquiera en América, y a Yanko le costó que lo admitieran.

Muchos jóvenes como Yanko escuchaban esas promesas que hacían los funcionarios, pero solo se apuntaron unos pocos al viaje. En parte, porque les daba miedo, pues América estaba muy lejos de allí. Y, en parte, porque había que pagar el viaje, así que solo podían apuntarse los que tenían dinero.

Como en la casa de Yanko ya eran muchos, el padre aceptó pagarle el viaje. Para pagar lo que costaba tuvo que vender la vieja vaca, los dos caballos y tierra para que pastaran.

Se lo vendió todo al posadero
que alojaba a aquellos funcionarios.
Con el dinero que sacaron de la venta,
Yanko compró su pasaje y prometió a su familia
que les enviaría dinero desde América dos veces al año.

¡Cuántas aventuras empiezan así,
cambiando una vieja vaca
por el sueño de un oro lejano!

Así que Yanko y otro muchacho de la aldea
se marcharon con aquellos hombres.

Durante varios días fueron parando en las aldeas
los días de mercado,
y los funcionarios trataban de convencer a la gente
para que se apuntara al viaje.

Como ya imaginas, esos funcionarios
eran en realidad unos estafadores
que hacían negocio con los usureros¹.

Los usureros compraban barato las tierras,
los animales y las granjas de aquella pobre gente,
que pagaba así el viaje a América.
Luego los usureros y los falsos funcionarios
se repartían las ganancias.

Así que Yanko y a su compañero
se fueron en el carromato de aquella gente,
que recogía por el camino a otros emigrantes.

Luego llegaron a una ciudad y los subieron a un tren.
Era la primera vez que Yanko viajaba en tren.
Cambiaron de tren varias veces,

¹ Persona que presta dinero, con un interés abusivo: por ejemplo,
presta 5 y le tienen que devolver 25.

y mientras esperaban al siguiente tren
dormían en un banco o en un establo
o se sentaban durante horas en el suelo.

Yanko me habló de un lugar con un techo de cristal
más alto que el pino más alto que hubiera visto nunca.
Dijo que era un lugar inmenso, oscuro
y lleno de ruido, humo, rechinar de hierros...
Alguien le dijo que aquel lugar era la estación de Berlín.

Cada vez había más gente viajando con ellos,
incluso mujeres y niños.
Y gente que hablaba en otro idioma.

Luego metieron a toda la gente como si fuera ganado
en un barco de vapor y fueron por el río Elba
hasta la desembocadura del río en el mar del Norte,
cerca de Hamburgo.

Hasta entonces, Yanko y su vecino del pueblo estaban siempre juntos y a veces se cogían de la mano, muertos de frío y de miedo.

Al llegar a la desembocadura del Elba tuvieron que dejar el barco de vapor y trepar por una escala hasta otro barco enorme, tan grande como un gran edificio, que los llevaría a América.

Yanko me contó el miedo que pasó, la gente gritaba, todo se movía mientras trepaban por la borda del gran barco, agarrados a la escala, con mucho miedo de caerse.

Al llegar a la cubierta del nuevo barco lo metieron a empujones en la bodega.²

²La bodega de un barco es un espacio grande y sin ventanas que tienen los barcos debajo de la cubierta. Sirve de almacén.



Allí estuvo encerrado durante días con el resto de los inmigrantes que iban a América. Yanko estaba muy confuso, triste y angustiado, y de pronto se dio cuenta de que su compañero de viaje ya no estaba a su lado.

La bodega donde estaban encerrados era grande, húmeda y sombría.

Me dijo que había unas extrañas cajas de madera para dormir, uno encima del otro, que se movían en todas direcciones.

Eran literas, pero Yanko no sabía lo que eran, nunca las había visto antes.

Se tumbó vestido con la misma ropa que llevaba cuando salió de su casa, muchos días antes.

Alrededor, la gente protestaba y maldecía, los niños lloraban, el techo goteaba de humedad y todo crujía y se movía de un lado a otro.

De fuera solo les llegaba el rugido del viento.
Estaba tan mareado que hasta se olvidó de rezar.
Como en la bodega del barco no entraba la luz,
no sabía si era de día o de noche.

Yanko me iba contando sus aventuras entre sonrisas
y el brillo alegre de sus ojos oscuros,
con el acento melodioso y suave
con el que hablaba nuestra lengua.
Las palabras más comunes, pronunciadas por él,
parecían las de una lengua misteriosa...

Me dijo que pasó mucho miedo
y es fácil imaginar que se sintió muy desgraciado.

Estaba lejos de todo lo que conocía,
condenado a la soledad del emigrante.

Y tras unos días de oscuridad, soledad y mareo,
el barco naufragó en esta bahía
durante una noche de tormenta.

Yanko no quería hablar de lo que vivió tras el naufragio.
Creo que esos primeros días aquí
dejaron una herida en su alma.

Como ya te dije, al salir del mar se cayó en el canal
y luego se arrastró por los caminos y los campos
en medio de la noche tormentosa.

Un hombre lo encontró por la mañana
desmayado junto al camino, bajo la lluvia,
y se asustó al verlo,
pensó que era un vagabundo de aspecto extraño.
Unas horas después, lo vieron unos niños,
que entraron asustados en la escuela.

Entonces la maestra salió a espantar
a aquel hombre horrible que estaba en el camino.

El lechero que iba con su carro a repartir la leche,
contó que le había pegado con su látigo
a una especie de gitano peludo
que se agarró a las riendas del caballo.

El lechero contaba con orgullo que le pegó en la cara
y lo dejó tirado en el barro.

Supongo que Yanko solo intentaba pedir ayuda,
comunicarse con alguien.

Unos muchachos contaron que le habían tirado piedras
a un vagabundo cubierto de barro
que caminaba bajo la lluvia como si estuviese borracho.



Otra señora contó que vio a un hombre lleno de barro que caminaba hacia ella haciendo esos y hablando de una forma muy extraña.

La mujer, que iba con el cochecito del bebé,
le gritó al extraño que se fuera,
pero él siguió acercándose
y entonces la señora le golpeó en la cabeza
con el paraguas y echó a correr con el cochecito,
sin mirar atrás, hasta la primera casa que encontró,
donde explicó lo que había pasado.

Y los vecinos se asomaron y vieron a un hombre
que corría bajo la lluvia, tropezaba, se levantaba
y seguía corriendo,
hasta que llegó a la granja de Smith.

Cuando la señora Smith vio al hombre cubierto de barro
sintió terror y se encerró en su habitación.

Solo Amy Foster no sintió miedo del extraño:
estaba segura de que, a pesar de las apariencias,
aquel hombre no tenía intención de hacer daño a nadie.

Un rato después el señor Smith volvió a su casa y se encontró a su perro ladrando furioso, y a su mujer histérica encerrada en su cuarto porque un extraño vagabundo se había metido en el granero.

Yanko solo intentaba refugiarse de la lluvia, pero Smith se enfadó: así que un vagabundo se había encerrado en el granero, ¿eh? Pues ya se encargaría él de que ese vagabundo no asustara nunca más a las mujeres.

Smith era conocido por su mal genio y su carácter enérgico, intenso.

Al abrir la puerta del granero Smith vio una extraña figura cubierta de barro sentada sobre la paja.

Cuando el vagabundo vio a Smith,
se levantó en silencio,
lleno de barro y suciedad...

Llovía, estaba oscureciendo y los ladridos del perro
resonaban en medio de la tormenta.

Smith se estremeció de miedo
ante aquella visión del desconocido lleno de barro.

Entonces, el desconocido se apartó con las manos
las sucias greñas que le tapaban el rostro,
como si separara las dos mitades de una cortina,
y miró a Smith con sus brillantes ojos negros, lejanos.

Smith retrocedió unos pasos
y el vagabundo empezó a hablar deprisa
en una lengua extraña.



Smith creyó que era un loco
que se había escapado de algún manicomio.

En realidad, lo que el vagabundo le decía a Smith era:
«¡Noble caballero, por el amor de Dios, ayúdeme!».

Pero Smith no entendía lo que el vagabundo
le decía y se lanzó sobre él.
Lo metió a empujones en la leñera y echó el cerrojo.

Luego se secó el sudor de la frente,
aunque hacía frío.

Y pensó que había cumplido con su deber
al encerrar a aquel loco vagabundo
que seguramente sería peligroso.

Smith no era un hombre malvado,
pero fue incapaz de distinguir entre un loco
y alguien que se moría de frío y de hambre.

Mientras tanto, el supuesto loco, encerrado en la leñera, empezó a gritar y a dar golpes.

Al oírlo, la señora Smith también gritó, aterrorizada.

Mientras tanto, Amy no dejaba de llorar, se retorció las manos y murmuraba:

«¡no, por favor!, ¡no, por favor!».

Aquella mañana Smith había ido a un pueblo cercano y allí le dijeron que un barco había naufragado.

Pero no se le ocurrió que el loco vagabundo fuera en realidad un náufrago.

En aquel momento, ni Smith ni nadie en el pueblo relacionamos al vagabundo con el naufragio.

4. Kennedy habla sobre el naufragio del «Duquesa Sofía Dorotea»

Cuando Smith encerró a Yanko en la leñera, este se puso como loco, golpeando las paredes en medio de la oscuridad.

Supongo que estaba muy asustado, mordiéndose los puños de rabia, de frío, de hambre y desesperación.

El barco lleno de emigrantes en el que Yanko viajó encerrado desde Hamburgo se llamaba «Duquesa Sofía Dorotea». Aquí nadie ha podido olvidar el nombre de ese barco...

Tiempo después nos enteramos de cómo actuaban aquellas falsas agencias de emigración que se movían por los lugares más apartados.

En Europa Central se movían por aldeas lejanas
engañando a los campesinos
para apoderarse de sus granjas y sus tierras.

Como ya te conté, llevaban a sus víctimas en carros
y en trenes hasta Hamburgo,
donde los metían en un barco que iba a América.

El barco lleno de emigrantes donde iba Yanko
se refugió en nuestra bahía
aquella noche de tormenta.

Pero algún otro barco intentó refugiarse también,
y en medio de la oscuridad
debió de chocar con el barco de Yanko.

Nadie sabe lo que pasó con ese otro barco,
pero lo más seguro es que también se hundiera.



William Turner, *El naufragio*. 1805.

A causa del viento y del temporal
no pudimos oír desde el pueblo
los gritos de la gente que se ahogaba.

El barco de Yanko se hundió muy rápido
y al amanecer no había rastro de él
ni de ningún otro barco.

Por la mañana, los guardacostas se extrañaron
al no ver el Duquesa Sofía Dorotea en la bahía
y pensaron que el viento lo había llevado mar adentro.

Pero horas más tarde la marea removi6 el fondo del mar
y llev6 a la playa algunos cad6veres.

El primer cuerpo que vimos en la playa
era el de una ni6a: peque6a, rubia, iba vestida de rojo...

Y a lo largo de varios kilómetros
fueron apareciendo en la playa, entre la espuma,
hombres, mujeres y niños de aspecto pobre,
casi todos rubios,
todos rígidos y empapados.

Los hombres del pueblo llevaron los cadáveres
en una larga procesión hasta la iglesia.
Llevaban los cuerpos como podían:
en camillas, tendidos sobre escaleras, en cestos...

Al llegar al pueblo los colocaron en fila
delante de la iglesia.

Durante más de una semana
ni siquiera se nos ocurrió pensar
que aquel vagabundo lleno de barro
era el único superviviente del naufragio.

Tampoco Yanko pudo explicarnos lo que había pasado porque no hablaba nuestro idioma y al principio nos costaba mucho entendernos.

Solo conocía su mundo, su aldea en las montañas. Cuando naufragó llevaba cuatro días encerrado en la bodega del barco.

Pero Yanko no sabía lo que era un barco y ni siquiera llegó a ver cómo era el mar.

Por eso no podía saber qué había pasado. Solo pudo reconocer la lluvia, el viento y la oscuridad, el balido de las ovejas...

Sintió asombro al llegar a este pueblo y ver a estos hombres enfadados, a estas mujeres duras, a estos niños crueles. Y sufrió con desesperación y tristeza porque nadie lo entendía ni lo ayudaba.

Yanko sabía que parecía un mendigo,
sucio, lleno de barro, con las ropas gastadas y rotas.
Pero decía que en su tierra
la gente trataba a los mendigos con amabilidad
aunque no les dieran limosna.

Y que los niños no les tiraban piedras
a los que pedían ayuda y compasión.

Cuando Smith lo encerró en la leñera,
Yanko se sintió desesperado.
Pero entonces apareció Amy.

Aquella noche que Yanko pasó encerrado
en la leñera de Smith,
Amy no durmió pensando en el pobre hombre.
Y a la mañana siguiente se levantó,
cogió un buen trozo de pan blanco recién hecho,
fue a la leñera y abrió despacio la puerta.

Miró al hombre que estaba allí y le ofreció el pan...

Yanko me dijo después que aquel pan era el que comían los ricos en su tierra.

Debió pensar que Amy era una dama noble y rica.

Yanko miró a Amy y se puso en pie despacio, dolorido, hambriento, temblando y lleno de dudas.

—¿Quiere comer? —le preguntó Amy con voz tímida y dulce, y le ofreció el pan.

Y entonces Yanko pensó que Amy era un ángel.

Devoró el pan mientras le caían las lágrimas, pero, de pronto, dejó de comer, agarró la mano de Amy y se la besó lleno de agradecimiento.

Amy no se asustó.



A pesar del aspecto horrible que tenía el hombre,
se dio cuenta de que era atractivo.
Luego cerró la puerta de la leñera y volvió a la cocina.

La compasión de Amy devolvió la dignidad
a aquel pobre emigrante.

Y él nunca lo olvidó. Nunca.

5. El señor Swaffer

La señora Smith decía que no saldría de su habitación hasta que el loco se fuera de la granja.

Así que Smith necesitaba librarse de él.

Aquella misma mañana el señor Swaffer, que era vecino del señor Smith, fue a la granja para hablar sobre «el loco».

Smith sacó al hombre de la leñera para que Swaffer pudiera verlo.

Yanko esperaba, obediente, temblando, cubierto de barro, que ya se había puesto duro, mientras los dos vecinos hablaban en una lengua que él no entendía.

Amy los observaba a través de una rendija de la puerta.

—No se confíe, señor Swaffer,
puede que intente engañarnos... —decía Smith.

A pesar de ello, el señor Swaffer se llevó al joven,
que subió al carro sin protestar,
estaba tan débil que casi se cae de espaldas.

Un poco después pasé por casa de Swaffer
y me dijo que quería enseñarme algo.

Me llevó a un edificio de techo bajo,
al fondo había una pequeña habitación
con una ventana y un colchón de paja.

Allí vi a Yanko por primera vez:
estaba echado en la cama,
cubierto con mantas de caballo.
Se había aseado un poco, pero estaba muy débil.

Casi no podía hablar, le costaba respirar
y sus ojos llenos de fiebre se movían
como los de un pájaro atrapado en una red.

Mientras yo lo examinaba, el viejo Swaffer se apartó,
acariciándose el labio superior con los dedos.
Le di instrucciones a Swaffer para que cuidara de Yanko
y Swaffer me dijo:

—Es un hombre extraño, ¿verdad?
Usted, que ha visto mundo, dígame,
¿cree que podría ser de la India?

Yo miraba maravillado a Yanko.
Su pelo largo y oscuro se extendía sobre la paja
y contrastaba con su rostro pálido.
Pensé que parecía vasco. Yo no sé vasco,
pero le dije unas pocas palabras que sabía en español.
Él no me entendió, así que le hablé en francés.

Pero seguimos sin entendernos.
No sabía en qué idioma hablaba
ni él conocía nuestra lengua.

Por la tarde, dos chicas de la escuela parroquial
intentaron averiguar qué lengua hablaba aquel hombre.
Una de ellas estudiaba alemán y la otra italiano.
Pero tampoco averiguaron nada.

Dijeron que el sonido de la lengua que hablaba
aquel hombre era agradable, suave y musical.
Y eso, unido a su aspecto, resultaba sorprendente,
emocionante, diferente a todo lo que habían oído antes.

Los chicos del pueblo se asomaban por la ventana
para intentar ver al extranjero.
Y la gente se preguntaba qué iba a hacer
el señor Swaffer con él.

Pues lo que pasó fue que el señor Swaffeer,
simplemente, **se quedó** con Yanko.

Todo el mundo respetaba al señor Swaffer
porque leía mucho y tenía dinero
y no se atrevían a decir que les parecía
un hombre raro y extravagante.

La familia Swaffer es dueña de muchas tierras.
El viejo Swaffer tiene ya 80 años y el pelo gris,
pero desde que vivo aquí
parece que no ha envejecido ni un solo día.
No lleva bigote ni barba, tiene los labios finos,
su cara parece la de un monje.

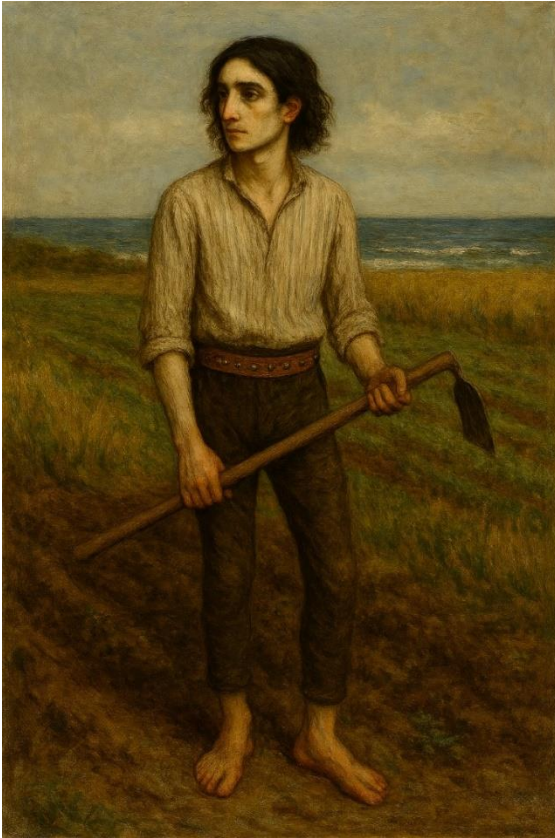
Es criador de ovejas y comerciante de ganado.
No se pierde un día de feria, aunque haga mal tiempo,
y va en su carro envuelto en un abrigo,
con una manta de lana escocesa sobre las piernas.

Es capaz de recorrer kilómetros bajo la lluvia para contemplar una nueva variedad de rosa que alguien ha cultivado en su jardín o una col gigante que ha brotado en el huerto de algún granjero.

Le interesa cualquier cosa que sea «extranjera». Por eso se llevó al vagabundo. O quizá fue por capricho.

El caso es que a las pocas semanas vi a Yanko cavando en el huerto de Swaffer. Sabía usar la azada y trabajaba descalzo.

El pelo le llegaba hasta los hombros. El viejo Swaffer le dio una vieja camisa de rayas, pero seguía con los mismos pantalones de paño marrón típicos de su país, casi tan ajustados como si fueran medias, y llevaba un ancho cinturón de cuero con tachuelas.



Aún no se había atrevido a salir de la granja para ir al pueblo y miraba alrededor con asombro.

Decía que los campos, los caminos,
todo lo parecía perfecto y bien cuidado,
y los caballos le parecían gigantes³.

Decía que la gente vestía como los ricos,
sobre todo los domingos,
y Yanko se preguntaba por qué eran tan crueles.

Le daban la comida por la puerta de atrás de la casa.
Yanko la recogía, se la llevaba a su rincón
y se santiguaba antes de empezar a comer.

Por las noches se arrodillaba junto a su cama
y rezaba sus oraciones antes de acostarse.

³ El caballo **shire** tiene un aspecto impresionante:
puede llegar a medir 2 metros y a pesar más de mil kilos.
Es muy robusto y noble, capaz de los trabajos más duros.

Cada vez que se cruzaba con el viejo Swaffer
se inclinaba ante él con mucho respeto
y el viejo lo contemplaba en silencio
llevándose los dedos a los labios.

Aquel invierno Yanko lo pasó mal.
Del cielo gris y sin sol le caía encima
una inmensa soledad.

Todos los rostros de la gente eran tristes.
No podía hablar con nadie
y ya había perdido la esperanza de entenderlos.

Tiempo después me dijo que sentía
como si aquellos rostros fueran de otro mundo,
un mundo de muertos.
Fue un milagro que no se volviera loco.

Yanko no sabía dónde estaba,
solo sabía que estaba muy lejos de sus montañas,
al otro lado de las aguas.
¿Había llegado a América? No lo sabía.

Pero vio que había iglesias y cruces
y que la gente era cristiana,
aunque aquí nada se parecía a su país:
ni la tierra ni el agua ni los campos ni los árboles.
Todo era distinto.

Lo único que le recordaba a su país
eran tres grandes pinos noruegos
que plantó hace mucho el señor Swaffer frente a la casa.

Una noche vieron a Yanko con la frente apoyada
en uno de aquellos grandes árboles,
gimiendo y hablando solo.

En aquella época, esos árboles eran para él una especie de hermanos, lo único familiar. Todo lo demás le resultaba desconocido.

Imagínate el horror de una vida donde la realidad parece una pesadilla.

Cuando Yanko no podía dormir por la noche, recordaba a la joven que le había ofrecido un trozo de pan en una tierra extraña.

Aquella joven no mostraba ira o furia, tampoco temor. En ese mundo de caras tristes como las de los muertos, el rostro de la joven era cercano y amable.

Creo que ese gesto compasivo de Amy fue lo único que le dio esperanza a Yanko. A veces creo que impidió que se suicidara...

Yanko hacía todos los trabajos que le encargaban con una inteligencia que sorprendía al viejo Swaffer: sabía usar el arado, ordeñar a las vacas, daba de comer a los bueyes y echaba una mano con las ovejas.

Poco a poco, Yanko fue aprendiendo nuestra lengua, al principio chapurreaba como un niño pequeño, pero empecé a conversar con él.

Y una hermosa mañana de primavera le salvó la vida a una nieta del viejo Swaffer.

La hija pequeña de Swaffer había ido a visitar a su padre acompañada de su marido y de su hija de 3 años.

La niñita salió sola de la casa y se cayó en el abrevadero de los caballos, en el patio.

Yanko estaba en el campo que hay junto a la casa
y vio lo que ocurría.

El abrevadero no era profundo,
pero el fondo estaba lleno de barro
y lo más seguro es que la niña hubiera muerto ahogada
si Yanko no la hubiera visto caer.

Soltó los caballos, cruzó a saltos la tierra recién labrada,
rescató a la niña y apareció de pronto ante la madre,
le puso a la niña en los brazos
y se fue tan rápido como había aparecido.

El viejo Swaffer fue después al campo
y se quedó mirando a Yanko en silencio.
Luego volvió a la casa sin decir una palabra.

Pero a partir de ese día le sirvieron la comida
en la cocina y no en la puerta de atrás,
y el viejo Swaffer le empezó a pagar por su trabajo.

Yanko se cortó el pelo y lo veíamos a menudo
por los caminos y en el pueblo,
como cualquier otro hombre.
Los niños ya no lo perseguían gritando.

Yanko vio que aunque había ricos y pobres,
también había mucha gente que vivía bien.
Y se sorprendía de que la iglesia fuera tan pobre
en medio de tanta gente acomodada.

Tampoco entendía por qué cerraban la iglesia
los días laborables.
Me preguntó si cerraban la iglesia
para evitar que la gente rezara demasiado.

Para trabajar se ponía unos pantalones de pana
y los domingos un traje barato,
pero todos los hombres se volvían a mirarlo
cuando se cruzaban con él.

La gente se acostumbró a ver a Yanko,
pero no se acostumbró a su origen extranjero:
a su caminar tan ágil, a su tono de su piel,
a su forma de llevar el sombrero ladeado
y la chaqueta sobre el hombro en las noches calurosas,
como la llevan los soldados de su tierra en los desfiles,
a su manera tan natural de saltar las cercas...

Todas aquellas cosas que lo hacían diferente
provocaban el desprecio y el rencor
de la gente del pueblo.

A nadie más en el pueblo se le ocurría tumbarse
en la hierba después de cenar
para contemplar las estrellas;
nadie iba por el campo cantando tristes melodías.

En más de una ocasión oí su voz en los campos
en los que antes solo se oía cantar a los pájaros.

Tenía una voz alegre y aguda como la de una alondra, pero a la vez muy humana y triste.

Era un hombre diferente, de corazón ingenuo y lleno de una bondad que nadie parecía apreciar. Era como si lo hubieran trasplantado aquí desde otro planeta.

Yanko estaba separado de su pasado por una distancia inmensa, y separado de su futuro por una enorme ignorancia.

Todo el mundo se sorprendía por su forma de hablar, rápida y apasionada.

La gente del pueblo decía:

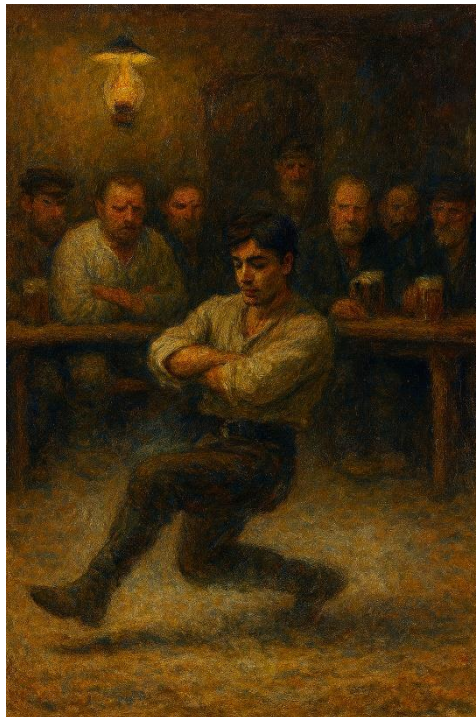
«Para ser un pobre diablo es muy nervioso».

Una tarde fue a la taberna, se tomó un par de copas y se puso a cantar una canción de amor de su tierra.

Pero los demás hombres preferían tomar su cerveza en silencio y lo abuchearon.

En otra ocasión, también en la taberna, intentó enseñarles a bailar.

Se puso en cuclillas, apoyado en la punta de un pie mientras extendía la otra pierna y lanzaba gritos de alegría, levantando nubes de polvo en el suelo de arena.



Luego se levantó de un salto
y empezó a girar sobre un pie
chasqueando los dedos sobre la cabeza.

Entonces, uno de los hombres que estaban allí
empezó a maldecir
y se fue a la barra con su jarra de cerveza.

Pero cuando Yanko se subió a las mesas
y empezó a bailar entre las jarras de cerveza,
el posadero tuvo que intervenir,
dijo que en su taberna no quería acrobacias.

Lo agarraron entre varios.
Yanko, que había bebido un poco,
intentó protestar, aunque sin éxito,
y lo echaron de la taberna con un ojo morado.

Él aguantaba aquel ambiente hostil
porque era un hombre fuerte,
de cuerpo y de espíritu.

Lo único que lo asustaba, como en una pesadilla,
era el recuerdo del mar.

Un día que paseábamos por el acantilado
me dijo que ya no quería ir a América.
Yo le había explicado que no existía ningún lugar
donde el oro estuviera por el suelo
para que lo recogiera el primero que llegase.

Pero Yanko tampoco se atrevía a regresar a su tierra,
porque su familia había vendido la vaca, dos caballos
y un buen pedazo de tierra para pagarle el viaje.
Al recordar su casa, sus ojos se llenaron de lágrimas,
apartó la mirada del mar
y se echó boca abajo sobre la hierba.

Pero otras veces lo veía lleno de optimismo:
ladeaba su sombrero con aire seductor
y me decía que había encontrado el oro que buscaba
en el corazón de Amy:
«Es un corazón de oro que se conmueve
con el sufrimiento de otros seres».

La gente se acostumbró a ver a Yanko por el pueblo
y él empezó a cortejar a Amy.
Lo primero que hizo fue comprarle en el mercado
una cinta verde.

Es una costumbre de su país:
el hombre le regala una cinta verde
a la mujer con la que quiere casarse.
Pero estoy seguro de que Amy no entendió entonces
el significado que tenía aquel regalo.

Cuando la gente comprendió al fin
que Yanko quería casarse con Amy,
el pueblo entero se puso en contra.

Un día Smith vio a Yanko que esperaba a Amy
junto a la valla de la granja
y le dijo que si volvía a verlo por allí
le rompería la cabeza.

Pero Yanko retorció su bigote
y miró a Smith con unos ojos brillantes y oscuros.

Smith no se atrevió a enfrentarse a Yanko,
pero le dijo a Amy que tenía que estar loca
para hacerse novia de un hombre que estaba loco.

A Amy todo aquello no le importaba.

Cuando oía los silbidos de Yanko al atardecer,
dejaba lo que estuviera haciendo,
y salía corriendo de la granja para estar con él.

La señora Smith decía que era una fresca
y una sinvergüenza.

Los únicos en el pueblo que parecíamos apreciar
la belleza de aquel joven éramos Amy y yo.
Yanko era muy apuesto y tenía algo elegante
y a la vez un poco salvaje
que lo hacía parecer una criatura de los bosques.

La madre de Amy lloriqueaba y se quejaba
cuando la chica iba a verla en su día libre.
El padre se mostraba ofendido,
pero disimulaba, como si no supiera nada.

Una vecina advirtió a Amy:

«Querida, ese hombre te hará daño».
Pero Amy y Yanko siguieron adelante.

Se los veía pasear juntos por los caminos,
ella vestida con su traje de los domingos,
la pluma negra en el sombrero y las botas.

Y él con la chaqueta echada sobre el hombro,
caminando orgulloso junto a Amy
y mirando con amor a la chica del corazón de oro.

No sé si se daba cuenta de que Amy era poco atractiva.
Quizá para él era tan distinta a las mujeres de su país
que no veía lo mismo que veían los demás.
O quizá es que amaba su gran corazón.

Yanko estaba muy preocupado,
porque no sabía lo que debía hacer
para pedir la mano de Amy.

En su país eran los ancianos los que pedían la mano de la mujer en nombre del novio.

Un día Yanko estaba en el prado con el padre de Amy, cuidando las ovejas.

Se quitó el sombrero y le confesó al padre el amor que sentía por su hija.

El padre de Amy lo miró y le dijo:
«Me imagino que Amy está lo bastante loca para casarse contigo».

Entonces Yanko lo miró fijamente, se puso el sombrero, llamó al perro con un silbido y se marchó, dejando al otro solo con las ovejas.

Los Foster no querían perder el dinero de Amy, porque ella les daba a sus padres todo lo que ganaba en la granja.

Además, el padre pensaba que aquel joven era buen cuidador de ovejas, pero que no estaba preparado para el matrimonio: a veces lo veía hablando solo, como si estuviera loco.

Y no se sabía cómo iba a comportarse un extranjero con las mujeres. A lo mejor se llevaba a Amy lejos de allí.

Al padre no le daba ninguna confianza y le dijo a su hija que aquel hombre era capaz de maltratarla.

Amy no dijo nada.

En el pueblo se armó cierto alboroto por la relación entre Amy y Yanko, como si él hubiese hecho algo mal. Pero ellos no dejaron de salir juntos por eso.

Y entonces pasó algo.

Yanko consideraba a Swaffer como una especie de padre, a pesar del poder que el viejo tenía sobre él.

El caso es que Yanko le pidió a Swaffer que le diera su bendición para casarse. Y Swaffer le regaló a Yanko una pequeña casa (la que has visto esta mañana, donde Amy tendía la ropa) y algo de tierra.

El yerno de Swaffer, Willcox, trabaja en el ayuntamiento y redactó las escrituras de la casa y la tierra. Me dijo que lo hizo con gran placer, porque en esos papeles Swaffer decía que le daba a Yanko la casa y la tierra «en agradecimiento por haber salvado la vida de mi querida nieta Berta Willcox».

Como es lógico, después de eso ya no había nada que pudiera impedir la boda.

Y Amy y Yanko se casaron.

El párroco anotó en el registro de matrimonio el nombre de Yanko Goorall.

Yanko a menudo decía que era de un lugar que a nosotros nos sonaba algo parecido a Goorall, así que el párroco puso ese nombre en el registro.

Como Yanko no sabía escribir, firmó con una cruz. Ese fue el momento más importante para él y lo único que queda en el pueblo para recordarlo.

Amy estaba muy enamorada.

Esperaba el regreso de su marido cada tarde, en la puerta de casa, mirando como hipnotizada el sendero por donde él aparecía caminando alegre y cantando alguna canción de amor de su país.

Cuando nació su hijo, Yanko fue a la taberna
y volvió a beber más de la cuenta,
intentó bailar otra vez
y otra vez lo echaron de allí.

La gente sentía pena por Amy,
porque se había casado con aquel payaso.

Pero a Yanko no le importaba lo que pensarán,
porque tenía un bebé al que le hablaba y le cantaba
en la lengua de su país,
un niño a quien le enseñaría a hablar
en la lengua de su infancia. Su lengua materna.

Y quizá fueran imaginaciones mías,
pero tuve la sensación de que desde entonces
su caminar se volvió más pesado,
su cuerpo era menos ligero que antes
y su mirada era menos brillante.

La gente empezó a hablar de problemas de pareja entre Yanko y Amy, y decían que ella había descubierto por fin la clase de hombre con el que se había casado.

Parece ser que un día Yanko tenía al bebé en brazos y le cantaba una nana de su país, entonces Amy le quitó al niño de los brazos, como si pensara que esa música podría hacerle daño al bebé.

Un día Yanko me dijo que las mujeres eran muy raras. Él quería que el niño aprendiera a rezar en su lengua, igual que él había aprendido de su padre cuando era pequeño.

Tenía prisa por enseñar a su hijo para poder hablar con alguien en aquel idioma que a los demás nos parecía tan extraño y apasionado.

Y no entendía por qué a su mujer
le desagradaba esa idea.

Pero me dijo que acabaría por aceptarlo,
y me miró con una mirada cómplice
mientras se golpeaba el pecho
para darme a entender que ella tenía buen corazón,
un corazón compasivo.

Entonces pensé que lo que había despertado en Amy
una atracción irresistible
ahora provocaba en ella una especie de repugnancia...

* * *

Kennedy interrumpió su relato, se acercó a la ventana
y contempló el mar envuelto en la niebla nocturna.

Como la niebla que llena el alma
cuando se pierde en las pasiones
que nacen del amor y del miedo.

De pronto Kennedy se volvió y dijo:

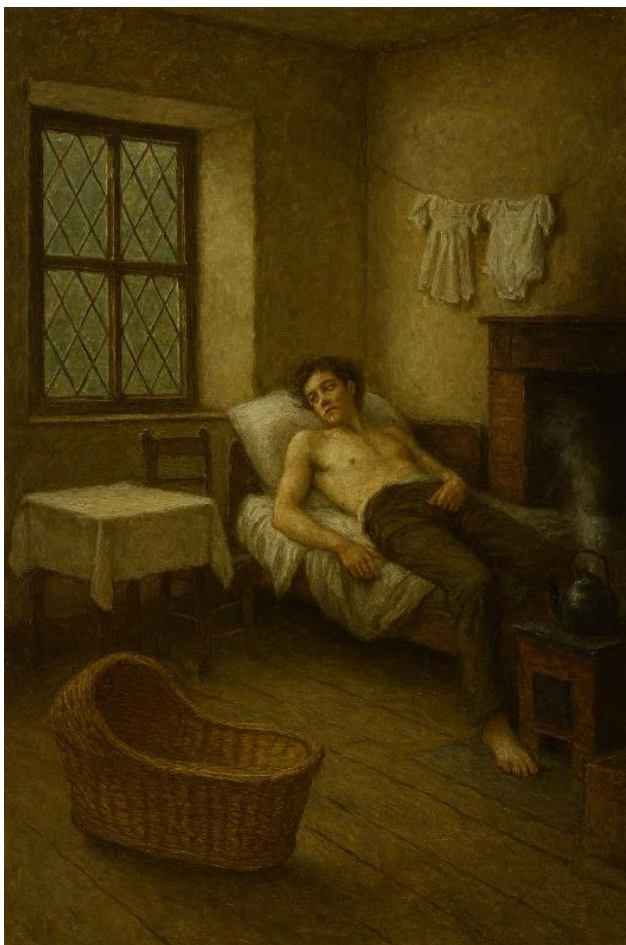
—Desde el punto de vista médico,
es posible que lo que encendió el amor de Amy
encendiera también el miedo...

El caso es que cuando volví a ver a Yanko
estaba muy enfermo, con pulmonía.

Era un hombre fuerte,
pero quizá no se había adaptado tan bien
como yo pensaba.

Además, el invierno aquí es muy duro y triste.
Creo que la tristeza debilitó a Yanko.

Entré en la casa y lo encontré tirado en un camastro,
medio vestido, en la salita de la planta baja.
La habitación estaba caliente,
pero la puerta daba al jardín y dejaba entrar el frío.



Yanko tenía mucha fiebre y hablaba solo.

Amy estaba sentada en una silla
y lo miraba con ojos asustados.

Le dije que había que acostar a Yanko en el dormitorio,
en el piso de arriba,
y cómo debía cuidar de él.

Pero Amy se retorció las manos y decía:

—No puedo, no puedo.

No para de decirme cosas y no sé qué quiere.

Miré los ojos de Yanko: ahora eran inexpresivos.
Ya no eran los ojos de una criatura fascinante,
era como si ya no vieran nada.

Comprendí que Amy estaba muy nerviosa.

—¿Qué le pasa a Yanko? —preguntó—.

Tampoco parece muy enfermo.

Nunca había visto a nadie así...

—¿Crees que está fingiendo? —pregunté, indignado.

—No puedo evitarlo, señor... y además está el niño...

Tengo miedo... Me pide cosas,

pero no entiendo lo que dice.

Nadie quiere venir a ayudarnos, señor —añadió Amy

en voz baja, con resignación.

Tuve que marcharme, porque en invierno

siempre hay mucha gente enferma.

Insistí en lo que debía hacer para cuidar de Yanko.

Cuando salía de la casa, Amy dijo:

—Al menos, espero que no hable...

Debí darme cuenta de lo que pasaba.

Al salir de la casa me giré y la vi, inmóvil en la puerta,
mirando hacia fuera como si quisiera echar a correr
por el camino lleno de barro.

Al llegar la noche a Yanko le subió la fiebre,
daba vueltas en la cama, gemía y se quejaba.

Amy estaba sentada, mirándolo
y escuchando cómo hablaba en su lengua.
Estaba cada vez más asustada,
con un terror cada vez más grande
hacia aquel hombre al que antes amaba.

Entonces Yanko se volvió hacia ella
y le pidió un poco de agua
porque estaba muerto de sed.

Ella no entendió lo que le decía,
quizá él pensó que se lo había dicho en inglés,
pero habló en su propia lengua.
Amy miraba a Yanko asustada y no se movió.

Yanko deliraba de fiebre
y miró a su mujer sin entender por qué no decía nada,
por qué lo miraba sin hacer nada,
y le gritó, impaciente, en su lengua extraña:

—¡Agua! ¡Dame agua!

Pero Amy no comprendía lo que Yanko le decía.
Aterrorizada, sacó al niño de la cuna y lo abrazó.

Yanko siguió hablando en su lengua,
reprochando a Amy que siguiera allí, sin hacerle caso,
pero solo consiguió que ella sintiera aún más miedo.

Supongo que Amy ya no reconocía a su marido,
era como si se hubiese transformado.

Él siguió un buen rato suplicando y ordenando,
hablando en su lengua.

La muchacha jura que soportó aquella situación
hasta que él estalló, furioso,
se sentó en el camastro y con voz ronca dijo algo...
y después se levantó como si no estuviera enfermo,
eso dijo Amy.

En medio de su delirio, Yanko fue hacia Amy,
entonces ella abrió la puerta
y salió corriendo de casa con el niño en brazos.



Mientras Amy corría desesperada
seguía oyendo cómo él la llamaba con una voz terrible,
pero ella no dejó de correr.

Si hubieses visto los ojos de Amy,
el brillo del miedo que la llevó a correr cinco kilómetros
hasta llegar a la casa de sus padres...

Al día siguiente encontré a Yanko
tendido boca abajo en un charco en el camino,
cerca de su casa.

Esa noche me habían llamado para una emergencia
y al regresar, ya al amanecer, pasé a verlo.
La puerta estaba abierta y entre mi ayudante y yo
lo llevamos dentro de la casa y lo acostamos.

El fuego se había apagado,
las paredes estaban cubiertas de la humedad
de la noche, frías.

—¡Amy! —grité.

Aunque la casa era muy pequeña,
mi voz resonó en el vacío,
como si hubiera gritado en medio del desierto.

Yanko abrió los ojos y dijo con toda claridad:

—Se ha marchado. Solo le pedía un poco de agua.

Estaba cubierto de barro.
Lo tapé y me quedé a su lado, en silencio.
De vez en cuando decía algo...
pero ya no hablaba en su idioma.

La fiebre había desaparecido
y con ella se fue también el calor de la vida.

Por segunda vez su mirada me recordó
a la de un pájaro atrapado en una red.
Ella lo había abandonado estando enfermo, sediento...
El dolor le había roto el corazón.

—¿Por qué? —preguntó con voz indignada,
como un reproche a Dios.

La única respuesta fue una ráfaga de viento
y a continuación una fuerte tormenta.
Me levanté para cerrar la puerta,
Yanko dijo: «misericordioso» y murió.

Escribí en el informe que había muerto
a causa de un fallo del corazón.

Tuvo que ser eso, porque, si no,
habría sobrevivido una vez más
a aquella noche de frío y tormenta.

Le cerré los ojos y me fui.

Al cabo de un rato me crucé con el padre de Amy,
que caminaba con aire decidido
con su perro pegado a los talones.

Le pregunté:

—¿Sabe dónde está su hija?

—¡Como no lo voy a saber! —dijo,
y golpeó el barro con el bastón—. Voy a decirle
a ese tipo un par de cosas.

¡Asustar a mi hija de esa forma! ¡Y con el niño!

—No lo volverá a hacer —dije—. Está muerto.

Foster se quedó callado un momento y luego dijo:

—No sé si es mejor así.

Eso fue todo.

Amy jamás habla de aquello,
nunca habla de su marido.

Quizá la imagen de Yanko se ha borrado de su memoria,
igual que ha desaparecido de estos campos
su figura ágil y saltarina.

Ya no está junto a ella para encender la llama del miedo
y de la pasión.

Amy sigue viviendo en la casa y ahora trabaja
para una hija del viejo Swaffer.

Para la gente del pueblo, ella es Amy Foster
y el niño es el hijo de Amy Foster.

Para Amy, su hijo es Johnny, el diminutivo de John.

Ni siquiera podría decirte si ese nombre
le trae algún recuerdo.

¿Piensa en el pasado alguna vez?

La veo inclinarse amorosa sobre la cuna.
El niño está tumbado boca arriba,
un poco asustado de mí,
pero muy quieto y en silencio,
mirándome con sus grandes ojos negros
y el mismo brillo asustado
que tienen los ojos de los pájaros atrapados en la red.

Al mirar al niño me parece estar viendo a su padre,
arrastrado por las olas hasta una orilla
en la que acabaría muriendo
en un desastre de soledad y desesperación.